

Cuentos basados en el teatro de Shakespeare

Charles y Mary Lamb



TUS LIBROS
SELECCIÓN

Prefacio

Estos cuentos fueron escritos con la intención de ponerlos a disposición de los jóvenes lectores como introducción al estudio de Shakespeare, por lo que, cada vez que ha sido posible darles cabida, se han utilizado sus propias palabras; y en lo que necesariamente se ha agregado para lograr la forma narrativa, se ha tenido cuidado de elegir aquellas palabras que menos alteren la belleza de la lengua inglesa en que escribiera; por lo tanto, y en la medida de lo posible, se han evitado las palabras introducidas en nuestro idioma con posterioridad a su época.

Cuando lleguen a conocer la fuente de donde nacen estas narraciones, los jóvenes lectores notarán que, en los cuentos que tienen su origen en las tragedias, muy frecuentemente se citan las propias palabras de Shakespeare, casi sin variaciones, tanto en las partes narrativas como en los diálogos; pero en los cuentos hechos a partir de la comedias, los escritores se consideraron escasamente capaces de dar forma narrativa a sus palabras, por lo que tememos que, en este caso, para los jóvenes no familiarizados con la escritura teatral, el uso del diálogo resulte excesivo. Pero esta falta, si la es, se debe al premeditado deseo de utilizar las palabras de Shakespeare tanto como fuera posible; y si los «dijo él» y «dijo ella» de preguntas y respuestas pueden parecer tediosas a los jóvenes oídos, deberán disculparlo, pues era el único modo de ofrecer algunos indicios y anticipos del gran placer que les aguarda cuando sean mayores y tengan acceso al magnífico tesoro del cual se han extraído estas pocas monedas de escaso valor y sin pretender más mérito que el de mostrar estas estampas débiles e imperfectas de la imagen inigualable de Shakespeare. Y es justo llamarlas estampas dé-



biles e imperfectas, pues la belleza de su lenguaje ha sido destruida con demasiada frecuencia debido a la necesidad de cambiar muchas de sus excelentes palabras por otras tanto menos expresivas de su verdadero sentido, para que su lectura resulte algo semejante a la prosa, y aun en algunos pasajes el verso libre se reproduce sin variaciones, con la esperanza de que su sencillez haga creer al joven lector que lee prosa; pero incluso así, su lenguaje resulta transplantado del suelo a que pertenece, su primitivo jardín poético, por lo que pierde mucha de su belleza original.

Hemos deseado que la lectura de estos cuentos resulte fácil para los muy jóvenes y esto ha estado en la mente de los autores hasta el límite de sus posibilidades, pero el tema de la mayoría de ellos lo ha convertido en una tarea muy difícil. No ha sido cosa fácil poner las historias de hombres y mujeres en términos que resulten conocidos para los más pequeños. También hemos pretendido escribir para las jovencitas, puesto que los varones tienen autorización para hacer uso de la biblioteca paterna a una edad mucho más temprana que las niñas, y a menudo conocen de memoria las mejores escenas de Shakespeare antes de que a sus hermanas tan siquiera se les haya permitido hojear este libro masculino; y por lo tanto, en vez de recomendar este libro de cuentos a los jóvenes varones que, tanto mejor, pueden leer el original, pedimos su generosa ayuda para que expliquen a sus hermanas aquellas partes que les resulten más difíciles de comprender; y cuando las hayan ayudado a superar las dificultades, tal vez (y seleccionando cuidadosamente lo que es apropiado para el oído de una jovencita) podrían leerles algún pasaje que les haya gustado de estas historias con las palabras exactas de la escena de la cual ha sido tomado; y esperamos que los hermosos extractos, los pasajes selectos que hayan elegido ofrecer a sus hermanas, serán mejor comprendidos y apreciados al tener la noción general de la historia que estos imperfectos resúmenes pretenden ofrecer. Y si estos tienen la fortuna de resultar gratos a algún joven lector, esperamos que con ello no suceda nada peor que estimular el deseo de hacerse algo mayor



para conquistar la autorización de leer las Obras Completas en el original (no siendo tal deseo pueril ni irracional). Cuando el tiempo y el permiso de amigos juiciosos pongan las Obras Completas en sus manos descubrirán, tanto en aquellas que se resumen aquí como en muchas otras que no han sido tocadas, muchos acontecimientos sorprendentes y giros de fortuna que, por su variedad infinita, no tienen cabida en este pequeño libro, además de todo un mundo de vivaces y alegres personajes, tanto masculinos como femeninos, cuyo humor temimos que se perdería si hubiésemos intentado reducir su extensión.

Cualquiera que haya sido el significado de estos cuentos para los jóvenes lectores, el mayor deseo de los escritores es que, en la madurez, las auténticas obras de Shakespeare les resulten una lección de acciones y pensamientos tiernos y honorables y les enseñen cortesía, benevolencia, generosidad, humanidad: que enriquezcan su fantasía y fortalezcan su virtud, apartándolos de sentimientos egoístas o mercenarios, puesto que estas páginas están repletas de ejemplos que enseñan dichas cualidades.

*La tempestad*¹

Había cierta isla en medio del mar, cuyos únicos habitantes eran un anciano llamado Próspero y su hija Miranda, una joven muy hermosa. Era tan pequeña cuando llegó a la isla que no recordaba más rostro humano que el de su padre.

Vivían en una gruta o refugio hecho en la roca; estaba dividido en varios aposentos, a uno de los cuales Próspero llamaba su estudio. Guardaba en él sus libros que, en su mayoría, trataban de magia, estudio hacia el cual, por aquel entonces, cualquier hombre instruido sentía gran inclinación; y el conocimiento de este arte le resultó muy útil, pues habiendo sido arrojado por un revés de la fortuna a esta isla que había sido encantada por una bruja llamada Sycorax, muerta allí poco antes de su llegada. Próspero, gracias a su arte, pudo devolver la libertad a muchos buenos espíritus que Sycorax había aprisionado dentro de los grandes árboles por haber rehusado llevar a cabo sus malvados propósitos. De ellos, el principal era Ariel.

Ariel, un geniecillo travieso, no tenía nada perverso en su naturaleza, salvo que tal vez experimentaba demasiado placer atormentando a Calibán, a quien tenía ojeriza por ser este el hijo de su vieja enemiga

Perverso: Se dice de quien obra con mucha maldad conscientemente y disfrutando de ello.

¹ Escrita y estrenada en el mismo año, en 1611, esta obra pertenece a los última producción dramática del autor. En ella mezcla el mundo real con la mitología y la ensoñación, como ya hizo en una de sus primeras obras *El sueño de una noche de verano*. Sus antecedentes, entre otros, se hallan en la obra del poeta alemán Jacob Ayrer,



Sycorax. Próspero había encontrado a Calibán en los bosques; era un extraño ser deforme, mucho menos humano en apariencia que un mono. Lo llevó consigo a su refugio y le enseñó a hablar, y Próspero hubiera sido muy bondadoso con él, pero la mala índole que Calibán había heredado de Sycorax, su madre, le impedía aprender nada que fuera bueno o útil. Por lo tanto, recibía trato de esclavo y estaba destinado a traerles leña y a hacer las labores más pesadas, y Ariel estaba encargado de forzarle a prestar tales servicios.

Cuando Calibán era perezoso y descuidaba su trabajo, Ariel (que era invisible a todos, menos a Próspero) se acercaba a hurtadillas y lo pellizcaba y a veces le daba un revolcón en el lodo, y entonces, tomando la forma de un mono, le hacía muecas. Luego, transformándose velozmente en un erizo, se tumbaba al paso de Calibán, que temía que las afiladas púas del erizo hirieran sus pies desnudos. Cada vez que Calibán era negligente en el trabajo que Próspero le encomendaba, Ariel le atormentaba con una diversidad de tales trucos fastidiosos.

Teniendo estos poderosos espíritus sometidos a su voluntad, Próspero podía controlar los vientos y las olas del mar. Por su mandato se desató una violenta tempestad, en medio de la cual mostró a su hija un hermoso navío que luchaba con las embravecidas olas que amenazaban con tragarlo en cualquier instante y en el que, le dijo, había muchos seres vivientes semejantes a ellos mismos.

—Oh, querido padre—dijo ella—, si con vuestro arte habéis desatado esta horrible tormenta, tened piedad de sus penalidades. Mirad, el velero se hará pedazos. Si yo tuviera poder, haría que la tierra se tragase al mar antes de que el buen barco con todas las almas preciosas que lleva resultase destruido.



—No te espantes de tal manera, Miranda —dijo Próspero—. Nadie ha sufrido daño alguno. Así lo he ordenado: nadie en el barco debe resultar herido. Lo que he hecho ha sido en tu beneficio, mi querida niña. Tú ignoras quién eres ni de dónde vienes y no sabes mucho más sobre mí, salvo que soy tu padre y que vivo en esta pobre gruta. ¿Puedes recordar un tiempo anterior a la llegada a este refugio? Me parece que no puedes, pues entonces aún no alcanzabas los tres años de edad.

—Sí puedo, señor —replicó Miranda.

—¿Qué? —preguntó Próspero—. ¿Alguna otra casa o persona? Dime lo que puedes recordar, mi niña.

Miranda dijo:

—Me parece como traer un sueño a la memoria. Pero ¿no hubo alguna vez cuatro o cinco mujeres que me cuidaban?

Próspero respondió:

—Las hubo y más. ¿Cómo es posible que esto aún esté vivo en tu mente? ¿Recuerdas cómo llegamos hasta aquí?

—No, señor —dijo Miranda—. No recuerdo nada más.

—Hace doce años, Miranda —continuó Próspero—, yo era duque de Milán y tú eras una princesa y mi única heredera. Tenía un hermano menor, cuyo nombre es Antonio, a quien le confié todo; y, puesto que yo era dado a la vida retirada y a los estudios profundos, entregué, sencillamente, la administración de mis asuntos de estado a tu tío, mi hermano desleal (pues eso resultó ser, sin duda). Yo, desinteresándome de la vida mundana, me encerré entre mis libros y dediqué todo mi tiempo al perfeccionamiento de mi mente. Mi hermano Antonio, que por esta razón me reemplazó en el poder, comenzó a creer que el duque era él. La oportunidad de hacerse popular entre mis súbditos, que le concedí, despertó en



su mala índole la soberbia ambición de arrebatarme mi ducado, lo que hizo sin demora con la ayuda del rey de Nápoles, un poderoso príncipe que era mi enemigo.

—¿Por qué razón —dijo Miranda— no nos eliminaron en ese mismo momento?

—No se atrevieron, niña mía —respondió su padre—: tan entrañable era el cariño que me profesaba mi pueblo. Antonio nos llevó a bordo de una nave y cuando estábamos algunas leguas mar adentro nos obligó a subir en una pequeña embarcación que no tenía ni siquiera aparejos, vela o mástil; y allí nos abandonó creyendo que pereceríamos. Pero un bondadoso señor de mi corte, un tal Gonzalo, que me tenía afecto, había ocultado en el bote agua, provisiones, aparejos y algunos libros que me son más preciosos que mi ducado.

—¡Oh, padre! —dijo Miranda—. ¡Cuántos problemas os debo de haber causado entonces!

—No, querida mía —dijo Próspero—. Tú eras un pequeño querubín y me diste fuerzas. Tus inocentes sonrisas me ayudaron a hacer frente a mi infortunio. Nuestros alimentos alcanzaron hasta el día en que ganamos la orilla de esta isla desierta y, desde entonces, mi mayor deleite ha sido el de enseñarte, Miranda, y bien que has aprovechado mis lecciones.

—¡Que el cielo os lo agradezca, mi querido padre! —dijo Miranda—. Ahora decidme, por favor, vuestras razones para desatar esta tormenta marina.

—Has de saber —dijo su padre—, que gracias a esta tormenta mis enemigos, el rey de Nápoles y mi cruel hermano, serán arrojados a las playas de esta isla.

Habiéndolo dicho, Próspero tocó levemente a su hija con su varita mágica y ella se durmió, porque justo en aquel momento Ariel, el espíritu, se presentaba ante su amo para rendir cuentas del desarrollo de la tempestad y de la forma en que había dispuesto de

Aparejos:
Conjunto de palos,
velas, cabos y
otros elementos
necesarios para
que un barco
navegue.

Mástil: Palo
largo de una
embarcación
que, colocado
verticalmente,
sirve para sostener
las velas.

Querubín: Niño
pequeño de gran
belleza.



la tripulación del barco; y puesto que los espíritus eran invisibles a los ojos de Miranda, Próspero no quería que lo viera conversando con el aire, como le parecería a ella.

—Bien, mi valiente genio —dijo Próspero a Ariel—, ¿cómo has llevado a cabo tu misión?

Ariel describió brevemente la tormenta y los terrores de los marinos y cómo el hijo del rey, Ferdinando, había sido el primero en saltar al mar, por lo que su padre creyó perdido a su hijo, tragado por las olas del mar.

—Pero está a salvo —dijo Ariel—, en un rincón de la isla. Está sentado con los brazos cruzados y se lamenta tristemente por la desaparición del rey, su padre, a quien supone ahogado. Pero ni un solo pelo de su cabeza ha sufrido daño y sus ropas principescas, aunque empapadas por el mar, parecen más nuevas que antes.

—Bien hecho, mi delicado Ariel —dijo Próspero—. Tráelo acá. Mi hija debe ver al joven príncipe. ¿Dónde están el rey y mi hermano?

—Los dejé buscando a Ferdinando, a quien tienen pocas esperanzas de encontrar, pues creen haberlo visto perecer. No se ha perdido nadie de la tripulación del barco, aunque cada uno piensa que ha sido el único en salvarse, y el barco, aunque invisible para ellos, está seguro en el puerto —respondió Ariel.

—Ariel —dijo Próspero—, has cumplido fielmente tu cometido, pero todavía queda trabajo.

—¿Más trabajo aún? —dijo Ariel—. Permitidme que os recuerde, señor, que me prometisteis la libertad. Os ruego que recordéis que os he prestado valiosos servicios, no os he mentido y os he servido sin resentimiento ni murmuración.

—Vaya, vaya —dijo Próspero—, ¿es que ya no recuerdas el tormento del que te he librado? ¿Has olvidado ya a la perversa bruja Sycorax, a quien la



edad y la envidia casi habían doblado en dos? ¿Dónde había nacido? Habla, dime.

—En Argel, señor —dijo Ariel.

—Conque sí, ¿eh? —dijo Próspero—. Deberé relatarte lo que has sido, ya que me parece que no lo recuerdas. A Sycorax, la bruja malvada, la desterraron de Argel a causa de sus brujerías, tan terribles que el oído humano no puede soportar escucharlas. Los marineros la abandonaron en este lugar y, puesto que eras un espíritu demasiado delicado como para ejecutar sus pérfidas órdenes, ella te aprisionó en el árbol donde te encontré gimiendo. De ese tormento, recuérdalo, te liberé yo.

—Perdonadme, querido señor —dijo Ariel, avergonzado por haber parecido ingrato—. Obedeceré vuestras órdenes.

—Hazlo —dijo Próspero— y te daré la libertad.

Entonces le indicó lo que debería hacer a continuación y Ariel partió, dirigiéndose en primer lugar a donde había dejado a Ferdinando, que seguía sentado sobre la hierba y en la misma actitud melancólica.

—Oh, mi joven señor —dijo Ariel al verlo—, pronto os sacaré de aquí. Me parece que debéis ser conducido a donde mi señora Miranda pueda contemplar vuestra belleza. Venid, señor, seguidme.

Y entonces comenzó a cantar:

*En el fondo del mar yace tu padre;
sus huesos en coral se han convertido,
y lo que eran sus ojos hoy son perlas.
Nada de él se ha perdido, aún perdura,
pero el agua del mar lo ha transformado
en algo extraño y rico. Las ondinas
a cada hora tocan sus campanas.
¡Escuchad, ya las oigo! Ding, ding, dong².*

Ondina: Divinidad mitológica con forma de mujer que residía en el agua y era considerada el espíritu elemental del agua.

² Acto I, escena 2.^a.



Estas extrañas noticias sobre su desaparecido padre sacaron al príncipe rápidamente de la necia desesperación en que se hallaba sumido. Con asombro siguió el sonido de la voz de Ariel, hasta que esta lo condujo a donde se encontraban Próspero y Miranda, sentados bajo la sombra de un árbol de grandes proporciones. Resulta que Miranda nunca hasta entonces había visto un hombre, exceptuando a su propio padre.

—Miranda —dijo Próspero—. Dime qué miras a lo lejos.

—Oh, padre —exclamó Miranda, extrañamente sorprendida—, seguramente se trata de un espíritu. ¡Cielos!, cómo mira en derredor. Creedme, señor, que se trata de una hermosa criatura. ¿No es un espíritu, acaso?

*En derredor:
En torno a una
cosa o una
persona.*

—No, mi niña —respondió su padre—. Come y duerme y posee sentidos en todo semejantes a los nuestros. El joven que ves estaba en el barco. Está algo perturbado por el dolor, pero bien se puede considerar un hombre bello. Ha perdido a sus compañeros y va errante en su busca.

Miranda, que creía que todos los hombres tenían rostros graves y barbas grises como su padre, estaba encantada con el aspecto del bello y joven príncipe, y Ferdinando, viendo a tan hermosa dama en aquel lugar deshabitado, y puesto que a causa de los extraños sonidos que había escuchado no esperaba más que prodigios, creyó que se encontraba en una isla encantada y que Miranda era la diosa de aquel lugar y, como a tal, se dirigió a ella.

Ella respondió tímidamente que no era una diosa, sino una sencilla doncella; y ya estaba a punto de contarle quién era cuando Próspero la interrumpió. Estaba satisfecho de ver que se admiraban el uno al otro, pues percibió claramente que se habían enamorado a primera vista, pero, para poner a prueba la constancia de Ferdinando, resolvió arrojar algunas dificultades



en su camino, por lo que, adelantándose, se dirigió al príncipe con ademán severo, diciéndole que había venido a la isla como espía para arrebatársela a él, que era el señor del territorio.

—Seguidme —dijo—. Os ataré de pies y manos. Beberéis agua de mar. Moluscos, raíces secas y vainas de bellotas serán vuestro alimento.

—No —dijo Ferdinando—. Resistiré tal contra-tiempo hasta ver un enemigo más poderoso.

Y desenvainó su espada, pero Próspero, agitando su varita mágica lo paralizó donde estaba, impidiéndole que se moviera.

Miranda, abrazada a su padre, le dijo:

—¿Por qué sois tan hostil? Tened piedad, señor. Yo seré su garantía. Este es el segundo hombre que veo en toda mi vida y a mis ojos parece un hombre sincero.

—Silencio —dijo el padre—. Una palabra más hará que me enfade, niña. ¿Qué es esto? ¿Un abogado para un impostor? Piensas que no existen otros hombres tan gallardos como él, porque solo has visto a Calibán y a este.

Dijo todo esto para probar la constancia de su hija, pero ella replicó:

—Mis inclinaciones son más modestas. No tengo deseos de conocer a ningún hombre mejor parecido.

—Venid, joven —dijo Próspero al príncipe—. No tenéis poder para desobedecerme.

—Desde luego que no —convino Ferdinando.

Y sin saber que había sido privado de toda capacidad de resistencia por obra de magia, se asombraba viéndose impulsado a seguir a Próspero de tan extraña manera. Volviendo su mirada hacia Miranda hasta donde le alcanzaba la vista, dijo, mientras seguía a Próspero al interior de la gruta:

—Mi espíritu está completamente encadenado, como si estuviera sumido en un sueño, pero las amenazas de este hombre y la debilidad que siento me

Impostor: Que se hace pasar por otra persona o por lo que no es.

Convenir: Reconocer la certeza de lo que otra persona dice o sostiene.



parecerán leves si con mi cautiverio consigo algún día poseer a esta dulce doncella.

Próspero no retuvo a Ferdinando en la gruta mucho tiempo; al poco, llevó a su prisionero al exterior y le ordenó realizar una dura faena, cuidando de que su hija Miranda se enterara del rigor de la tarea que le había impuesto, y entonces fingió que se retiraba a su estudio para poder observarlos en secreto.

Próspero había ordenado a Ferdinando que apilara unos troncos muy pesados. Por no estar los hijos de reyes muy habituados a los trabajos rudos, Miranda, no mucho más tarde, encontró a su amado casi desfallecido de fatiga.

—¡Ay! —dijo ella—. No trabajéis tanto. Mi padre está en su estudio, donde permanecerá tres horas. Os ruego que reposéis.

—Oh, mi querida dama —dijo Ferdinando—, no me atrevo. Debo terminar mi tarea antes de descansar.

—Si os sentáis —dijo Miranda—, yo llevaré los leños mientras tanto.

Pero Ferdinando no podía aceptar su proposición de ninguna manera. En vez de ayuda, Miranda resultó un estorbo, pues comenzaron una larga conversación, de tal modo que la tarea de llevar leños progresaba muy lentamente.

Próspero, que había impuesto este trabajo a Ferdinando meramente como una manera de poner a prueba su amor, no se encontraba sumergido en sus libros, como suponía su hija, sino que, para sorprender su conversación, permanecía, invisible, junto a ellos.

Ferdinando le preguntó su nombre, que ella le dijo, agregando que lo hacía contraviniendo las órdenes expresas de su padre.

Ante este primer ejemplo de desobediencia de su hija, Próspero solo sonrió, pues habiendo hecho, con su magia, que su hija se enamorara tan súbitamente, no le enfadaba que ella expresara su amor olvidándo-



se de acatar sus órdenes. Y escuchó con agrado un largo discurso de Ferdinando en el cual él le aseguraba que la amaba más que a cualquiera de las damas que había conocido en el pasado.

En respuesta a estas alabanzas a su belleza que, dijo él, sobrepasaba la de todas las demás mujeres del mundo, ella respondió:

—Yo no recuerdo el rostro de ninguna mujer, ni he visto más hombres que vos, mi buen amigo, y mi querido padre. No sé cómo son las facciones humanas en otras tierras, pero creedme, señor, que no desearé más compañero en el mundo que vos, ni mi imaginación podrá crear más forma de mi agrado que la vuestra. Pero, señor, temo que os hablo demasiado libremente, olvidando los mandatos de mi padre.

Ante esto, Próspero sonrió y movió la cabeza como diciendo: «Esto se desarrolla precisamente según mis deseos; mi hija será reina de Nápoles».

Y entonces Ferdinando, en otro elegante y largo discurso (puesto que los jóvenes príncipes hablan con frases galantes), contó a la inocente Miranda que él era el heredero de la corona de Nápoles y que ella sería su reina.

—Ay, señor —dijo ella—, soy una necia al llorar por algo que me alegra. Os daré mi respuesta en pura y sagrada inocencia. Soy vuestra esposa, si me desposáis.

Próspero evitó los agradecimientos de Ferdinando haciéndose visible ante ellos.

—No temas nada, mi niña —dijo—. He estado oyendo y apruebo todo lo que habéis dicho. Y a ti, Ferdinando, si te he tratado con demasiada severidad, te lo compensaré con creces dándote a mi hija. Todas las vejaciones que has sufrido no eran más que pruebas puestas a tu amor y las has resistido noblemente. Aquí tienes mi obsequio, que tu amor verdadero ha ganado merecidamente: toma a mi hija y no sonrías si te digo que está por encima de cualquier elogio.

Vejación: Maltrato,
humillación.

Cuentos basados en el teatro de Shakespeare



Cuando los hermanos Charles y Mary Lamb emprendieron la tarea de convertir en relatos breves las principales comedias y tragedias de Shakespeare, perseguían un único objetivo: acercar a los jóvenes lectores las obras del gran dramaturgo inglés, que, a juicio de la moral de la época, no resultaban siempre aconsejables en su crudeza original. Pero más allá de los motivos que llevaron a su creación, estas historias tienen una notable virtud: a través de una detallada y bien urdida línea argumental, los autores nos acercan de un modo ameno a las obras maestras de las que proceden y nos incitan a sus posterior lectura.



www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-678-4054-4



9 788467 840544

1566071



ANAYA